

CAPÍTULO XV

EL DARDO MORTAL

Ya lucía el sol de Febrero y los árboles se vestían de verdor, aunque éste no estuviese desplegado en pomposas hojas, sino encerrado en menudos capullos.

Eran las diez de la mañana, y en una linda estancia, situada al Mediodía, dos jóvenes cosían con afán algunas piezas de tela blanca.

La de más edad era alta, con cabellos negros, ojos azules, boca fresca y tez de rosa; un traje de lana, color de violeta, hacía resaltar la perfección de su talle de ninfa, y la elegancia suelta y viva de su bella figura.

Aquella joven, sin ser gruesa, tampoco podía llamársela delgada, por la perfecta redondez de sus formas, que parecían hechas á torno, según su exquisita perfección.

La otra, de bastante menos edad, parecía llegar apenas á los diez y seis años; era mucho más baja, más delgada y más delicada que la anterior;

sus ojos, llenos de luz, estaban también llenos de languidez; vestía lo mismo que su compañera, y en su bello rostro se advertía una extraña mezcla de alegría y de pena.

La obra en que cada una trabajaba era, á no dudarlo, adecuada á su carácter: la mayor cosía presurosa el forro de color de rosa de una linda colcha de muselina; la otra terminaba el primoroso bordado de una camisa de mujer.

—Si así das las puntadas—dijo la menor asiendo un extremo de la colcha y mirándola con atención,—no me admiraré de que me ganes.

—¿Y para qué más delicadeza aquí, niña?—respondió la mayor con una expresión verdaderamente maternal.—Las colchas no se rompen aunque vaya la puntada larga. Siendo para ti, pongo aún más cuidado que en la mía.

—Mira tu camisa—dijo la otra mostrando su bordado:—¿te gusta la cifra?

—Primorosa, como de tu mano, querida Luz.

—¡Lisonjera!

—Digo la verdad: eso va como de tu mano; esto como de la mía.

Y la alegre jóven volvió á mostrar la colcha, que, en efecto, iba cosida bastante á la ligera, y se echó á reir á carcajadas.

Luz no acompañó aquella risa con la suya.

—¡Qué triste estás hoy!—dijo la otra, á la que ya habrán conocido los lectores por Cesarina.—¿Te parece que le gustará á Federico verte así doce días antes de casarte?

—Ya sabe él la causa de mi tristeza—objetó Luz,—y no me acusa por ello.

—¡Es verdad!: la pobre Lágrimas desfallece de un modo visible; pero esto no es para desesperarse: esa languidez pasará, porque olvidará á Frantz...

—¡Olvidar!—repitió Luz:—de la misma manera que yo olvidaría á Federico y tú olvidarías á Julián.

—Vamos, contigo todos los consuelos vulgares son inútiles, mi pobre niña—dijo Cesarina,—y yo hago mal en emplearlos. Tienes razón: yo no olvidaría á Julián más que en el sepulcro, y tú tampoco olvidarías á Federico: por eso no hay que esperar que Lágrimas olvide á ese alemán, que ojalá no hubiera conocido. Pero, ¿qué será de él?; ¿dónde estará? ¿Quién será esa mujer de la que se ha enamorado?

—La mayor pena de mi pobre hermana es el no saber quién es esa mujer. El Conde le ha dicho sólo que es una mujer indigna que le ha apre-

sado en sus redes, y con la que ya se hubiera casado si ella no se resistiese.

—No es poca suerte que ella se resista.

—¿Por qué?

—Porque en tanto que él permanezca libre, hay esperanzas. Sí, querida mía: según dice mamá, los hombres rompen esos lazos el día menos pensado, y Frantz romperá los suyos también.

Luz iba á responder, cuando entró en la alegre estancia un hombre anciano, de porte grave y decente.

Era el padre de Cesarina.

—¿Cómo está hoy ese humor, hija mía?—preguntó sentándose al lado de Luz.

Ésta volvió hacia él sus expresivos ojos, llenos aún de las lágrimas que le había arrancado su anterior conversación.

—Veo que hoy reina la tristeza—dijo el pintor,—y yo sé el remedio: para curarla dejad la costura, tomad las mantillas, y vamos á ver á Lágrimas.

—¿Pero no esperamos á que venga mamá?—preguntó Cesarina.

—No, porque puede tardar mucho, y acaso la encontremos allí. Esta mañana me dijo: «Antonio, me voy á confesar, y oiré una misa á la Vir-

gen para que mejore á la pobrecita Lágrimas, cuyo estado me da mucha pena». Por lo tanto, creo que, después de oír la misa, habrá ido á enterarse de si le ha aprovechado.

—¡Papá!—dijo Cesarina en tono de dulce reconvencción.

—No digo nada, hija mía, para que se alarme tu fe. ¿Crees tu que no pido yo al que todo lo puede que mejore á esa pobre niña?

—¡Ah, sí, papá!—exclamó Cesarina echando sus brazos al cuello del anciano.—Ya sé que eres lo mejor que hay en el mundo.

—Pero me dejas por otro, á pesar de mi bondad; ¿no es cierto?

—Papá, tengo veintitrés años, y ya es hora de que me case—observó Cesarina.—Ya sabes que he dejado cinco bodas por no separarme de vosotros... Es una verdad que no me gustaban gran cosa los pretendientes. Julián, aunque más pobre, pues sólo tiene ocho mil reales en un Ministerio, me gusta más; y luego ya es hora de que me case, porque si no, después no me querrán... Pero es una inhumanidad que hagamos esperar á la pobre Luz, que ya ha ido corriendo á buscar su mantilla.

—Vamos—dijo el pintor, libre ya de los abra-

zos de su hija;—vamos, aunque sé que va á llevar un mal rato, porque Lágrimas está, desde anoche á la una, mucho peor.

—¿Lo sabes tú, papá?

—Como que hablé á las siete de la mañana con miss Ofelia. Es cosa segura: ó se casa con Frantz, ó se muere; y sucederá lo último.

—¡Oh, Dios mío!—exclamó Cesarina;—¡y no haber esperanza...!

—Ninguna: esa mujer no le soltará.

—¿Quién sabe?

—Yo lo sé.

—¿La conoces tú, papá?

—Hace ya muchos años.

—¿Y quién es, quién es?

—No puedo decírtelo.

—¿Lo sabe también mi madre?

—Sí. No se lo preguntes, porque te responderá, lo mismo que yo, que no puede decírtelo. Pero vé á ponerte tu mantilla, y vamos, que la pobre Luz estará ya llena de impaciencia.

La joven salió algo resentida por la reserva de su padre, y fué á su cuarto, ó más bien, al que partía con Luz, á la que halló ya esperándola, según su padre presumía.

Pocos instantes después, las dos jóvenes salían

con el padre de Cesarina, dirigiéndose á la calle de Santa Isabel, que era donde habitaba el Conde de Elvén.

—¡Dios mío, yo no sé lo que siento!—murmuró Luz después de un largo silencio:—es una angustia en el corazón que me anuncia sin remedio alguna gran desgracia.

—Tranquilízate—repuso Cesarina:—tu imaginación se deja llevar siempre de ideas tristes.

—¿Y qué tiene de extraño?—preguntó la joven volviendo á su amiga los ojos llenos de lágrimas.

—La terrible revelación de la posición de mi madre; mi hermana separada de mí moralmente por la aparición de su padre, que yo creí era el mío, y al que las dos juzgábamos muerto hace ya muchos años; la pena que me causa el continuo recuerdo de mi madre, abandonada á un tiempo por sus dos hijas: todas estas ideas bullen en mi cabeza y la destrozan del modo más cruel.

—¿No sabes que dice mi madre que tras la tempestad viene la calma?—preguntó con cariño Cesarina.—Las más recias tormentas son siempre las más cortas, y después del nublado y el huracán luce, para alegrar á la Naturaleza, un rayo de sol... Ya hemos llegado. Valor..., valor, para

que Lágrimas, al verte afigida, no se crea peor de lo que está.

Estas palabras fueron ya pronunciadas al subir la escalera de aquella suntuosa casa. Los peldaños de mármol iban á rematar en un anchuroso y soberbio peristilo, en el que se paseaban, con la hinchada gravedad de una inutilidad perfecta, unos cuantos lacayos vestidos de librea.

Uno de ellos se detuvo al ver las gentes que subían por la escalera, y dijo á Cesarina y á sus compañeros:

—Adelante, caballero; adelante, señoritas.

—¿Cómo está la enferma?—preguntó Luz tímidamente.

—Lo mismo, señorita—respondió el lacayo con respetuosa consideración. Y luego, acercándose al oído del pintor, añadió:

—Está muy mala, y ya ha pedido tres veces ver á su hermana.

Los tres visitantes, precedidos de uno de los lacayos, cruzaron una serie de salas ricamente amuebladas, y se hallaron por fin en la habitación de Lágrimas, que era una maravilla de lujo y de buen gusto artístico.

Sólo dos personas la ocupaban: la joven y su

aya, que, sentada enfrente de ella, la contemplaba con muda tristeza.

Lágrimas se hallaba sentada en un ancho sillón, que más bien parecía un lecho.

Era ya sólo la sombra de sí misma: una extrema flacura había sucedido á su natural esbeltez; bajo las más dulces apariencias, ocultaba aquella joven un alma vehemente y apasionada; el amor había hecho en ella su presa, y el dolor de un amor sin esperanza había devorado su fresca y floreciente salud.

Apenas podía reconocerse aquella carita tan preciosa poco antes, aquellos ojos llenos de luz y de alegría, que brillaban como dos magníficos diamantes negros en un fondo de nácar; su boca estaba marchita, sus ojos hundidos, y sus mejillas presentaban las huellas de las lágrimas y del dolor en su expresión más aguda y mortal.

Á pesar de lo hermoso del día, Lágrimas se hallaba envuelta en una bata de abrigo, forrada y entretelada; cubría su cabeza un gorrito de batista guarnecido de encajes, por debajo del cual salían los negros rizos de sus hermosos cabellos, parecidos á espirales de seda.

Miss Ofelia vestía su eterno traje negro y su papalina blanca como la nieve.

Retratábase en sus facciones una pena silenciosa y apacible, como su carácter, pero profunda.

Al ver á los que llegaban, se levantó y señaló á Lágrimas, que tenía cerrados sus grandes párpados por no poder sufrir la luz á causa de su mucha debilidad.

Luz se aproximó á su hermana, y apoyó sus frescos labios en aquella pálida frente; á aquel dulce contacto, la doliente niña alzó sus párpados, y sus grandes ojos negros aparecieron como dos estrellas de la mañana, despojados de la niebla de la noche.

—¡Luz!—dijo con débil y dulce voz.

—Hermana mía—respondió ésta,—¿te sientes mejor?

—No—respondió Lágrimas:—me siento peor; me siento tan mala... que te suplico que no te separes hoy de mi lado. Ya sé—añadió en seguida y con una débil sonrisa—que el acceder á esta exigencia mía encierra un sacrificio para ti...; pero yo soy tan desgraciada... que no te negarás á esta súplica.

—Sí, hermana mía—respondió Luz,—yo haré todo lo que tú quieras: si lo deseas, no me separaré de tu lado hasta que estés buena.

—¿Y Federico?—preguntó Lágrimas.—No, no

quiero yo separarte de él: harto sé lo que es sufrir por un amor desgraciado, para desear que tú participes de mis dolores. Ya que Dios te ha hecho dichosa, yo le pediré que lo seas siempre... Pero di: ¿quién ha venido contigo?

—Cesarina y su padre.

—Buenos días, amigos míos—dijo Lágrimas volviendo con pena la cabeza.—No estoy peor... Y si tenéis la bondad de permitirme hablar con mi hermana sólo un cuarto de hora, después seré toda vuestra.

—Salgamos—dijo miss Ofelia,—para dejarlas en libertad.

—Sí, salgamos—repitió Benavides:—este rato de expansión debe ser muy provechoso para la pobre niña.

El aya, el pintor y su hija salieron de la estancia, dejando solas á las dos jóvenes.

CAPÍTULO XVI

LAS DOS HERMANAS

—Hermana mía—dijo Lágrimas así que vió á Luz instalada á su lado,—creo que voy á morir muy pronto, y pedía á Dios que te trajese aquí para decirte muchas cosas.

—¡Morir tú! ¡Dios míol! ¿Por qué me hablas así?—exclamó Luz llorando.—¿Por qué piensas en morir?

—¿Y en qué he de pensar, si ya siento la muerte cerca? Sólo un milagro podía salvarme la vida, créelo; y ese milagro no tendrá lugar.

—¿Quién sabe?... ¿No dice nuestra aya que Dios todo lo puede?

—Pero dice también que Dios algunas veces, por su infinita misericordia, quiere llamarnos á su lado para que seamos más dichosos que acá abajo. Por eso, créeme..., yo moriré...; y no lo siento por mí, lo siento por los que quedáis sin mí...; yo sé que hay algunas personas que me aman: tú, mi padre..., nuestra ayá... y nuestra madre...

Lágrimas pronunció estas últimas palabras en voz baja y trémula, y con una especie de dolorosa vacilación.

Al escucharlas, su pobre hermanita se acercó á ella, le tomó una mano y le dijo en voz muy baja y con ansiedad:

—¿La has visto?

—¡Sí...; no... no sé!—respondió Lágrimas, cuyo pulso débil empezó á dar fuertes y precipitados latidos.—Oye—prosiguió,—y te contaré lo que pasa.

Desde el día en que yo me quedé en cama, que hace ocho, he oído decir á mi camarera que una señora de luto venía todos los días á saber de mi estado, y que, al preguntar, lo hacía con voz ahogada y como sofocada por el llanto...

—¡Dios mío!—interrumpió Luz.—Lo mismo ha dicho á Cesarina la viejecita que vive en el cuarto del patio de casa: también viene una señora vestida de negro á preguntar por mí; también dice que solloza, y que se aleja con paso vacilante... ¿Será nuestra madre?

—¿Cómo lo puedes dudar?—preguntó Lágrimas, que se incorporó en su sillón con una vehemencia dolorosa.—Luz, yo, aunque hija de su culpa, creo que la amo y la comprendo mejor que tú... Luz, esa mujer es nuestra madre.

—¡Pobre madre!—repitió la hermana menor con aquella pasiva dulzura que había heredado de su abuelo.

—Sí—prosiguió Lágrimas con la vehemencia que á su vez había heredado de su amorosa abuela;—sí, hermana mía, es nuestra madre, que vive sola, pobre, abandonada de todos, entregada al dolor, á la desesperación... Su inmenso amor hacia mí le aconsejó cederme á mi padre cuando se vió arruinada... De ti hubiera dispuesto también, á no haberte adelantado tú separándote voluntariamente de ella... Luz, la imagen de nuestra madre y la imagen de él... no se separan de mí... De noche, si cierro mis ojos al sueño, las veo...; de día las veo también...; y esta mañana, cerca de la aurora... ¡Oh, sí; no puedo dudarle..., no era ilusión...!

—¿El qué?—preguntó Luz.

—¡He visto á nuestra pobre madre!

—¿Tú?

—Sí. Toda la noche la pasé delirando... Nuestra aya me veló con su paciencia de santa; ya hace cuatro noches que resiste sin acostarse siquiera... Pero esta mañana, cuando la luz del día penetraba blanca y débil por los cristales, miss Ofelia se adormeció en un sillón... y yo seguí en-

tregada á mis penosos sueños... De repente sentí sobre mi frente un beso y algunas lágrimas, y oí una voz que me decía: «¡Hija mía, hija mía, perdóname!» Abrí los ojos y vi inclinada sobre mi lecho á una mujer vestida de negro que sollozaba y me abrazaba estrechamente. «¡Madre!», exclamé; y la visión desapareció como por encanto.

Ahora dime, Luz: ¿por qué me pediría perdón nuestra madre?; ¿en qué me ha ofendido? Yo no sé..., no lo puedo acertar.

—Te pedirá perdón acaso de haberte cedido á tu padre—respondió cándidamente Luz tras de algunos instantes de silencio.

—Eso mismo he pensado yo...; ó acaso de los extravíos de su vida pasada... ¡Oh, hermana mía, qué desgraciada es nuestra madre, y cuánto lo somos nosotras también! ¡Qué dichosas serán aquellas hijas que pueden honrarse con las virtudes de la que les dió el ser! ¡Yo estoy sumergida en un horroroso martirio moral!... Comprendo que mi padre fué el primero que causó la ruina de nuestra pobre madre, el que la engañó y la abandonó después, y no puedo perdonárselo..., no. Su vista me hace daño, porque amo más á nuestra madre que á él., ¿No ha sido ella quien me ha cuidado, la que ha protegido mi infancia, la que

me ha proporcionado la educación cristiana que he partido contigo, yo, su hija espúrea, contigo, hija legítima de su matrimonio? ¡Oh!; ¡á ella es á quien amo..., á ella es á quien llama mi corazón!...

—¡Cálmate por Dios, Lágrimas!—exclamó la hermana menor, afligida.—¡Dios mío, esa exaltación puede serte funesta!

—Sí, me muero—dijo Lágrimas, cuyas mejillas se habían cubierto efectivamente de un funesto sonrosado;—sí, hermana mía, eso quería decirte. Dos son las causas que me matan...: el abandono de Frantz, y el no poder vivir al lado de nuestra madre estimándola como á una mujer honrada...; él me ha abandonado por eso... No querrá que yo, hija de una mujer que todos conocen por sus desórdenes, lleve su nombre... ¡Oh!; si mi madre me amase como yo la amo, ya se habría casado con mi padre y no habría motivo para que Frantz me despreciase.

La joven, dicho esto, dobló la cabeza; su palidez se hizo más intensa, y quedó inmóvil y muda.

—¡Hermana, hermana mía!—exclamó Luz.

Lágrimas no respondió: su exaltación, agotando sus ya casi exhaustas fuerzas, había cedido á un abatimiento mortal; se había reclinado en su

sillón, y una palidez fría y lívida había sucedido al sonrosado de la fiebre que poco antes vestía sus mejillas.

—¡Socorro, socorro!—gritó Luz precipitándose hacia la puerta.

Pero retrocedió dos pasos llena de timidez, al ver al Conde que iba á entrar.

—¿Qué hay, señorita?—preguntó con una frialdad dolorosa.

—¡Oh, señor Conde! ¡Lágrimas está peor, Lágrimas se muerel—exclamó la pobre niña.

El Conde no respondió: se acercó al sillón, tocó la frente y las manos de su hija, y dijo á Luz con voz sorda:

—Señorita, suplico á usted que llame.

Luz tiró del cordón de la campanilla, y un criado se presentó al punto.

—¡El médico... al instante, y que preparen mi cochel—gritó el Conde, que no separaba su ansiosa y angustiada mirada de la pálida cara de su hija.

El doctor, que dormía hacía tres noches en la misma casa y que había salido hacía poco del gabinete de Lágrimas, entró en seguida.

Acercóse á la enferma, la tomó una mano, que ardía, y dijo:

—Es un síncope producido por la debilidad; sin embargo, urge mucho tomar un partido: las fuerzas de esta señorita se van agotando rápidamente.

—¿Cree usted que debe hacerse lo que le propuse anoche?—preguntó el Conde.

—Es el único medio que nos da alguna esperanza de salvarla.

El Conde se levantó y dijo con tono resuelto:

—Dentro de dos horas estaré aquí con ese joven: no se separen ustedes de mi pobre hija.

El Conde salió al mismo tiempo que volvían á entrar en la estancia miss Ofelia, Cesarina y su padre.

CAPÍTULO XVII

SACRIFICIO

El Conde ocupó una berlina de mañana, que le esperaba á la puerta, y se hizo conducir á una modesta casa situada al extremo de la calle Ancha de San Bernardo.

Allí vivía madame Warner con sus dos hijos, Ida y Frantz.

El amor de este último por Dolores, amor que hacía el martirio de Margarita, había echado un negro crespón sobre la dicha tranquila de aquella familia feliz.

El Conde conocía á madame Warner y á su hija, porque durante el mes que hacía que tenía á Lágrimas y á su aya en su casa, Margarita había ido varias veces á ver á su hermana, acompañada de Ida.

—Señora—dijo el Conde así que se sentó,—los instantes son para mí muy preciosos: ¡mi hija, mi pobre Lágrimas, se muere! Vengo á buscar á su hijo de usted, al que ella amaba, y cuyo aban-

dono es la causa de su estado... ¿Dónde está? Quiero verle, y rogarle, si es preciso de rodillas, que salve á mi hija casándose con ella.

—¡Ah, señor Conde!—exclamó Margarita.— Yo misma apenas veo á mi hijo... Hace tiempo que vive separado de su familia por correr tras de un amor que si no es culpable, no es tampoco nada noble.

—Ya lo sé—repuso el Conde.— Ya sé, porque hace mucho tiempo que voy indagando todo lo que concierne al bienestar de mi pobre hija, ya sé que está sometido á una pasión de esas que hacen avergonzar á los hombres, y que casi siempre hacen su presa en los más honrados y pundo-
norosos. Pues bien, señora: si es preciso, yo iré á buscarle á casa de esa mujer. ¡Necesito salvar á mi hija, y no retrocederé ante ningún sacrificio!

—Pero—dijo madame Warner,—¿qué felicidad puede prometerse esa pobre niña con mi hijo? Además, señor Conde, él está alucinado, pero no pervertido, y no dará su mano á Lágrimas cuando su corazón es de otra.

—¿Será más piadoso dejarla morir? En fin, señora, yo necesito verle... Luego que yo hable con él, veré qué es lo que debemos hacer para salvar á esa desgraciada niña.

—¿Sabe usted quién es la mujer á quien ama Frantz, y de la cual es amado él á su vez con loca pasión?

—No, señora.

—Pues bien, señor Conde: no seré yo quien le revele ese triste arcano, pero tampoco quien se lo oculte: esa mujer vive cerca de la arboleda que se extiende á orillas del río, frente al convento de Atocha, y allí es indudable que hallará á mi hijo.

—¡Adiós, señora—dijo el Conde levantándose precipitadamente,—y el Cielo le pague el favor que me hace en esta ocasión!

Dolores, al ver salir á Lágrimas con su padre y su aya, cayó desvanecida, como ya saben nuestros lectores. Cuando volvió en sí, gracias á los cuidados de Silvia, su doncella, las lágrimas aliviaron algún tanto su corazón oprimido, y fueron como un bálsamo para aquellas últimas y dolorosas heridas de su alma.

Aquella misma tarde despidió á todos los criados que le quedaban y fué á instalarse, sola con Silvia, á la solitaria casita del paseo de Atocha.

Contra lo que esperaba, el dolor de la pérdida

de su hija superaba con mucho á la alegría de las esperanzas de su amor, y aquel amor que ella pensaba iba á dorar, como un risueño rayo de sol, el estío de su vida, quedaba envuelto en las negras sombras de sus dolores maternos.

Silvia fué la encargada de recoger cada día noticias de las dos niñas. Dolores, tranquila con respecto á Luz, lloraba amargamente pensando en el estado de tristeza y de abatimiento de Lágrimas, que, según le decía su doncella, rehusaba toda distracción y aun todo alimento.

—Sí—decía Dolores melancólicamente:—es una sencilla y modesta flor, acostumbrada al valle humilde en que ha nacido, y esa magnífica estufa adonde ha sido transportada la hará languidecer y morir quizá. El alma de mi madre ha pasado á esa pobre hija de mi culpa, y esa alma es harto delicada y sensible para ser dichosa en la opulenta ociosidad del palacio de su padre.

Dolores, al discurrir así, no pensaba que Lágrimas sufría ante todo por estar separada de ella y por no poderla estimar ya después de saber todos los extravíos de su vida pasada.

Silvia hablaba todos los días con miss Ofelia, y por ella supo cómo la pobre niña esperó en vano durante muchos días el ver á Frantz, y cómo la

pérdida de sus esperanzas fué la señal del rápido decaimiento de su salud.

—Yo no sé lo que sucede—dijo un día la inglesa á la doncella de Dolores:—me consta que la señorita ha escrito á mi sobrino diciéndole que puede venir como antes, porque el señor Conde no se opone á su amor, y mi sobrino ni siquiera ha venido á verme á mí una sola vez desde que me hallo en esta casa.

Entonces empezó para Dolores la lucha más cruel y más terrible de su vida: amaba á Frantz con toda su alma, pero su hija le amaba igualmente y se moría. Cada paso que ella adelantaba, con el mágico prestigio de su hermosura y de su talento, en el corazón del artista, era un día de felicidad que robaba á la desdichada Lágrimas, menos bella y mucho más inocente.

—Sí—se decía la triste madre cuando despertaba en la soledad de su alcoba asustada por los fatídicos sueños que le representaban á su hija moribunda:—sí, debo cederle á Frantz. ¡Cómo no me avergüenzo de sostener con esa desgraciada criatura una lucha tan desigual? Debo morir yo y que ella viva dichosa, pues soy el solo obstáculo á su felicidad.

Levantábase animada con estas generosas

ideas; un vivo sonrosado cubría sus mejillas, y la sobreexcitación que le causaba estos pensamientos, la hacía aparecer más llena de salud y de vida que jamás lo había estado.

Pero luego venía Frantz, y al verle enamorado, tierno, suplicante, lleno de entusiasmo y de fe, Dolores se rebelaba contra sus propósitos, y se decía que ella también tenía derecho á ser dichosa con aquel amor, el único puro de su vida.

¡Derecho!... La mujer que es madre no le tiene á comprometer la felicidad de sus hijos.

Sin embargo de ser tan profundo por una y otra parte, el amor de Dolores y de Frantz no podía ser más puro: el artista deseaba que Dolores conociese otra vez los hermosos días de la virtud, y que la circundase tanta pureza como cieno la había rodeado; además, ambos veían próximo su matrimonio, y esperaban con paciencia y alegría el término fijado por Dolores.

Pero la tranquilidad de esta desventurada mujer desaparecía con su amante: sola ya, su pensamiento no se separaba de sus hijas, y, sobre todo, de la que estaba enferma.

No bastándole las noticias de Silvia, y temiendo tal vez que le exagerase el estado de Lágrimas, resolvió tomarlas por sí misma: cada día,

al anochecer, iba á preguntar por sus hijas; y cuando supo la gravedad á que había llegado la enfermedad de la pobre abandonada, solicitó ver á miss Ofelia, y consiguió de ella que le permitiera penetrar en la alcoba de Lágrimas.

Aquel mismo día, y como á eso de las tres de la tarde, fué cuando, hallándose en su casa del paseo de Atocha y en compañía de Frantz, que acababa de llegar y trataba de inquirir la causa del mortal abatimiento en que la veía, Silvia anunció al Conde de Elvén.

Dolores se estremeció con tal violencia, que Frantz la contempló con una admiración dolorosa.

—Que pase—dijo Dolores á la camarera.

El Conde apareció un momento después. Su traje negro, pues apenas usaba otro desde la muerte de su mujer, y la palidez y abatimiento de su semblante, alarmaron á Dolores, de tal modo, que corrió á él, le asió de la mano con una fuerza convulsiva, y le preguntó con voz penetrante:

—¿Ha muerto mi hija?...

—Vive aún—respondió el Conde,—pero va á morir.

Dolores se desplomó en un sillón, dando un grito.

—Caballero—continuó el Conde, dirigiéndose á Frantz,—en nombre de lo que más ame usted en la tierra, venga usted conmigo para que le vea Lágrimas. Usted es el pintor monsieur Frantz, sobrino de su aya, que la amaba hace poco tiempo, y á quien ella ama aún. Veo por quién ha abandonado usted á mi hija...; pero, á pesar de lo desesperado de la empresa, vengo á rogarle en nombre de su madre, de su padre, que sé que ya murió, de todo lo más sagrado para usted, que venga conmigo para decir á Lágrimas que aún la ama.

—¡Dios mío!—exclamó Frantz, que palideció sin saberlo.—¿Lágrimas se muere?

—¡Sí señor!

El silencio reinó durante algunos instantes. Dolores había levantado la cabeza y fijaba en el artista una mirada desolada y triste.

—Señor Conde—dijo éste,—yo pensé que Lágrimas habría olvidado, entre los placeres de su alta clase, la afición que me tuvo, y que yo juzgaba pasajera, como todas las que alimentan las niñas de su edad: veo que me quería con un amor profundo... y lo siento... Yo amo hoy á su madre... y debo casarme con ella.

Reinó otra vez un silencio á la par doloroso y

solemne. La mirada de Dolores se cubrió de lágrimas amargas.

Levantóse de su asiento; por dos veces quiso dar dos pasos adelante, sin que pudiera conseguirlo: una fuerza invencible la retenía.

Pero ¿qué es lo que no puede lograr la voluntad cuando es firme? La pobre mujer logró tragar sus lágrimas, componer su semblante, serenar su voz, y se acercó á su amante.

—Frantz—dijo,—yo renuncio á ti... Cásate con mi hija... y hazla feliz. En cuanto á mí..., señor Conde..., he aquí mi mano... que hace un mes tuvo á bien pedirme... Yo era la rival de mi hija...; siendo la esposa de su padre, ya no me temerá...; ¿no es verdad, señor Conde?; y luego partiremos, lejos, muy lejos de nuestros hijos..., ó á lo menos partiré yo, aunque usted se quede á su lado...

—¡Oh, generosa mujer!—exclamó el Conde arrodillándose á los pies de la que tanto le había amado, y besando con ansia sus manos;—¡ahora te reconozco! Sí: tú eres aquella Dolores apasionada y tierna de otro tiempo.

El Conde se engañaba. Las manos que besaba, que en época remota habían estrechado las suyas con tanta pasión y que le habían escrito aquella sentida y triste carta llamándole cuando

huyó del amor de la pobre niña engañada, aquellas manos estaban heladas entre las suyas.

Frantz fijó en Dolores una mirada larga y profunda. Pero fuese que la noticia del amor de Lágrimas hubiese reavivado en su pecho la antigua afición que le tuvo, ó que comprendiese lo heroico del sacrificio de Dolores, no pronunció más que esta sola palabra, mirando al Conde:

—¡Vamos!

—¡Y yo, y yo!—exclamó la desgraciada madre;—¡yo también quiero ver á mi hija!

—¡Á tus dos hijas, de las que ya no te separarás!—dijo el Conde:—he dejado á Luz con su hermana.

Á la caída de la tarde de aquel día, es decir, tres horas después, un grupo encantador se hallaba reunido en la estancia de la doliente Lágrimas.

Ésta, reanimada, alegre, tenía en una de sus manos la derecha de su madre, y en la otra la izquierda de Frantz.

Luz, el aya y Cesarina, miraban á la enferma sonriéndose; el Conde se hallaba apoyado en el respaldo del sillón de su hija.

—¿Dices que era una mujer la que no te dejaba venir á verme?—preguntó Lágrimas á Frantz, porque ella ignoraba que su rival desconocida era su misma madre.

—¡Ya no amo más que á ti!—respondió el artista con esa expresión que convence siempre, porque es la de la verdad.